

CLAUDIO GUILLÉN O LOS EQUÍVOCOS DE LA TEORÍA

Fernando CABO ASEGUINOLAZA
Universidade de Santiago de Compostela

Pero no seré yo el enemigo que me simplifique
(C. Guillén)

De entre las numerosas virtudes de la obra intelectual de Claudio Guillén, creo que habría de destacar la muy rara de ser a un mismo tiempo ejemplar y excepcional. Su ejemplaridad es la del talento para señalar territorios para la investigación literaria y la de su permanente exigencia de rigor, además de la aptitud, tan evidente para todos aquellos que nos iniciábamos en la investigación más o menos en el período en que se produjo su regreso definitivo a España, a mediados de los años ochenta, para mostrar por contraste algunas de las carencias más notorias de los estudios literarios en las universidades españolas. De ahí mismo procede, precisamente, su excepcionalidad, ya que estaremos de acuerdo en que su obra no tiene equivalentes ni es fácil encontrarle compañeros de viaje –ni siquiera en los que, mayores o coetáneos, compartieron el cultivo de los estudios literarios desde la diáspora republicana– en su apuesta vehemente, pero muy razonable, por un comparatismo que es al mismo tiempo la expresión de una preocupación profunda, y estrechamente ligada a unas circunstancias muy determinadas, por lo hispánico.

Ambos rasgos, la ejemplaridad y la excepcionalidad, se conjugan en otro trazo claramente perceptible en toda su obra, como ocurre con todos los grandes estudiosos. Me refiero a lo que tiene de expresión de una personalidad, de intento de constituir a partir de ella una morada vital –para emplear una expresión tan del gusto de Guillén y, claro, de Américo Castro–. Imagino que algo parecido quería decir Francisco Rico cuando definía la Literatura comparada como “la traducción a ‘arte, facultad o ciencia’

de la biografía de Claudio Guillén”¹. Su comparatismo lleva la impronta de un *ethos*, de un carácter. No se trata, entonces, de la adscripción más o menos pasiva a un campo de estudio predefinido, sino de la proyección de una posición intelectual, cultural y, en último término, vital, que hace de la literatura su eje básico. Por esa vía se puede entender acaso la singularidad de Guillén frente a la tradición hispánica de la que procede y asimismo frente al ámbito académico norteamericano de los años 50, 60 y 70, que constituyó su entorno más inmediato como comparatista.

De cualquier modo, él mismo lo ha dejado claro en más de una ocasión. Y no será del todo desencaminado, por ejemplo, reconocer una apuesta no meramente especulativa en su defensa de una epistemología de las tríadas, en las que se reconoce la expresión de la cultura y la presencia de la diversidad, frente a las oposiciones binarias –‘naturales’–², propias del estructuralismo lingüístico y de algunas de sus proyecciones literarias. Las tríadas son, al cabo, uno de los soportes de esa *civitas verbi* con la que tan a menudo Guillén –siempre persona liberal, de orden y muy civilizada, en el sentido más estricto de la expresión– ha identificado la idea de literatura. Por ello no es nunca esa ciudad algo dado, sino la manifestación de un proceso, de una “will to order” que trata siempre de amparar lo diverso sin dar nunca nada por cerrado.

No pretendo trazar una etopeya de Claudio Guillén. Pero poca duda cabe de que su proyecto intelectual es inseparable de su periplo vital. Recordemos sus primeros estudios en España, su formación tras el estallido de la Guerra Civil en el Liceo Pasteur de París, luego su decisivo período como estudiante y gran profesor en varias universidades americanas de primer rango (Williams College, Harvard, Princeton, San Diego...), hasta culminar esa trayectoria como catedrático de Literatura comparada de nuevo en Harvard, y por último su actual etapa española a partir del año 1983³. En este sentido, representa quizá mejor que nadie de nuestro ámbito la inscripción —compleja, llena de pliegues y recovecos— de la tradición académica española y europea de los Estudios literarios en el territorio emergente primero y luego hegemónico de la cultura universitaria de Norteamérica: una modificación geocultural sin la que no resulta hacedero un panorama mínimamente explicativo de los estudios de literatura en la segunda mitad del siglo XX.

¹ RICO, Francisco (2003): *Los discursos del gusto. Notas sobre clásicos y contemporáneos*, Barcelona, Destino, p. 291.

² GUILLÉN, Claudio (1971): *Literature as System. Essays toward the Theory of Literary History*, Princeton, Princeton University Press, pp. 405 y ss.

³ Véase el relato del propio Guillén en «De lecturas y maestros y otras admiraciones», En GUILLÉN, Claudio (2001): *Entre el saber y el conocer. Moradas del estudio literario*, Valladolid, Fundación Jorge Guillén, pp. 17-35. Y las reflexiones sobre este particular en VILLANUEVA, Darío (1999): «Claudio Guillén: La Literatura Comparada en y desde España», *Sin fronteras. Ensayos de Literatura Comparada en homenaje a Claudio Guillén*, D. Villanueva, A. Monegal y E. Bou (coords.), Madrid, Castalia / Universidade de Santiago de Compostela / Universitat Pompeu Fabra, pp. 13-19.

También parecerá evidente para quien haya seguido su trayectoria de estos últimos años que el itinerario mencionado lo ha llevado a una forma de percepción que tiene ciertos atisbos de desconcierto, ante una situación cultural e intelectual cuyos presupuestos han mudado radicalmente, y de perspectiva postrimera, que atiende a lo que ha constituido el objeto de los afanes de toda una vida como ya concluido o al menos como alterado en algunos de sus aspectos esenciales. Léase la coyuntura de la literatura en una época acaso ya irremediamente posliteraria, a lo que ha de añadirse la consideración de España como una anomalía, al menos respecto a la posición que se le ha reservado en el marco universitario a la Literatura comparada.

Si consideramos los principales hitos del recorrido comparatista de Guillén, habría que destacar sobre todo tres libros ya clásicos: *Literature as System* (1971), expresión de la voluntad de sistema y de la introducción del principio teórico en el comparatismo; *Entre lo uno y lo diverso* (1985, 2005), que refuerza la idea de supranacionalidad como ámbito característico de la Literatura comparada; y *Múltiples moradas* (1998), en buena medida la culminación cabal y práctica del desafío de lo supranacional. De otro lado, sus últimos escritos, digamos los posteriores a 1985, los del “comparatista en su patria”⁴, incluyen muchos comentarios y observaciones sobre el contexto español de estos últimos veinte años –los que separan las dos ediciones de *Entre lo uno y lo diverso*–, demostrando siempre una profunda voluntad de implicación e intervención. No se debe entender, pues, lo que decía hace un momento como si Guillén se hubiese encerrado en una visión nostálgica, producto de un desdén por el presente. Lejos de ello, en realidad todo el conjunto de su obra académica permiten ser leído como un comentario y una valoración sostenidos del entorno intelectual inmediato, desde la Estilística a los Estudios culturales y postcoloniales, desde la universidad estadounidense de la posguerra mundial a la universidad española de la democracia. La capacidad de atención es una de las grandes virtudes de Guillén: una atención sumamente activa y al tiempo un punto distante. De ahí que pueda parecer paradójica otra de las características capitales, a mi juicio, de su posición intelectual; esto es, el afán por dejar constancia de un sentido de pertenencia –plural y a veces conflictiva– a unas tradiciones o, si se prefiere, a unas comunidades intelectuales constituidas sobre la base de una red de admiraciones y afectos personales: la de los universitarios españoles exiliados (Amado Alonso, Américo Castro, Vicente Llorens, Francisco García Lorca...), la de los comparatistas (Renato Poggioli, Harry Levin, René Wellek, Edward Said...) y también la de las nuevas generaciones de estudiosos españoles de la literatura.

La figura de Guillén es, por estas y otras razones, iluminadora como pocas de la historia intelectual de cuestiones tales como la conformación del perfil moderno de los

⁴ GUILLÉN, Claudio (2005): «El comparatista en su patria», *Claves de Razón Práctica*, 151, pp. 10-15.

Estudios literarios o el desarrollo y reformulación de la Literatura comparada tras la Segunda Guerra Mundial, incluyendo su papel en la geopolítica académica durante la guerra fría. Si se busca un ejemplo, no debe olvidarse su papel de observador y, de nuevo, comentarista y crítico muy pertinente de uno de los proyectos de mayor calado en este terreno: el encaminado a la realización de una *Historia comparada de las literaturas en lenguas europeas*, que, tras varios años de debate previo, fue aprobado oficialmente por la Asociación Internacional de Literatura Comparada en su congreso de Belgrado del año 1967⁵. Su artículo “On the Object of Literary Change” del año 1968, entre otras intervenciones, da fe de ello. En este trabajo, que José-Carlos Mainer consideró ser “sin duda la aportación más sustanciosa de un español a la teoría literaria contemporánea”⁶, aborda desde un prisma, efectivamente, teórico algunos de los desafíos e incertezas que por fuerza debía afrontar una empresa de esa índole. E incluía, en ese contexto, una observación de indudable calado, que era presentada entonces como instancia de una hipótesis más amplia sobre la condición efímera y coyuntural de las literaturas nacionales: la literatura española en cuanto literatura nacional sólo habría tenido vigencia desde la segunda mitad del siglo XVIII, y, ya desde mediados del siglo XX, habría comenzado a declinar como resultado, por una lado, de su ampliación al ámbito general de la lengua española y, por otro, de la conciencia acrecentada de España como un país pluricultural y plurilingüe⁷. Lo pertinente de esta hipótesis del año 1968, repito, no es tanto lo que tiene de anticipación de líneas de trabajo y de constataciones posteriores, como el hecho de haber sido formulada en el marco de una reflexión sobre el objeto de una historia literaria europea entonces en germen y de resultar de un planteamiento congruente sobre la naturaleza de las literaturas nacionales y el marco de reflexión propio del comparatismo.

Pero la cuestión concreta que me interesa traer aquí a colación es la de la Teoría de la literatura. Porque también en esto es Claudio Guillén excepcional y ejemplar a un mismo tiempo. No creo exagerar si afirmo que se trata del autor español –al menos de entre los no oficialmente teóricos– que más y mejor ha mencionado y recurrido a la teoría literaria en la época anterior a su confirmación académica como área de conocimiento, confirmación que se produce en coincidencia casi plena, por cierto, con

⁵ Véase sobre esta cuestión VALENTINO, Carla (1992): «L’Histoire Comparée des Littératures de Langues Européennes. Notes pour une reconstruction du project», *Neohelicon*, XIX/2, pp. 147-158.

⁶ MAINER, José-Carlos (2000): *Historia, literatura, sociedad (y una coda española)*, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 96n.

⁷ *Literatura as System*, p. 502; puede verse la versión española de este trabajo en GUILLÉN, Claudio (1989): *Teorías de la historia literaria (ensayos de teoría)*, Madrid, Espasa Calpe. Retoma este planteamiento, al paso de un comentario de la tesis de Mainer respecto a “la invención de la literatura española”, en GUILLÉN, Claudio (1995): «Lo uno con lo diverso. Literatura y complejidad», *1616*, IX, pp. 51-66, p. 53. Y debe verse necesariamente el trabajo «Mundos en formación: los comienzos de las literaturas nacionales», en GUILLÉN, Claudio (1998): *Múltiples moradas. Ensayo de Literatura Comparada*, Barcelona, Tusquets, pp. 299-335.

su regreso definitivo a España. En buena parte su obra constituye un diálogo continuo con la teoría literaria, por de pronto desde los trabajos reunidos en *Literature as System* (1971), los cuales comprenden un período que va desde finales de los cincuenta hasta 1970. También se ha mostrado especialmente proclive al reconocimiento de la carga teórica presente en autores como Amado Alonso o, menos obviamente, José Fernández Montesinos. Es más, la Teoría de la literatura constituye uno de los referentes sin los que el pensamiento literario de Claudio Guillén resultaría incomprensible. O para decirlo de otra manera, la Teoría de la literatura ha formado parte inseparable del horizonte intelectual de posguerra en el que Guillén ha desarrollado su visión de los estudios literarios y, en particular, del comparatismo.

Por eso no está fuera de lugar preguntarse qué es la Teoría de la literatura en la obra de este gran comparatista; lo cual es casi tanto como preguntarse qué ha sido o qué ha querido ser la Teoría de la literatura en el contexto de los Estudios literarios contemporáneos. El punto de partida podría constituirlo muy bien una querrela reciente en la academia hispana, en lo fundamental soterrada salvo por la reacción del propio Guillén, quien le ha dado cuerpo y sustancia intelectual⁸. La querrela viene a cuento de la transformación del área de Teoría de la literatura en área de Teoría de la literatura y Literatura comparada, aunando en una misma adscripción académica dos materias cuya peculiaridad compartida es la de substraerse al marco nacional o monolingüístico de las filologías tradicionales. Esta unificación no ha podido más que contrariar a Guillén, *et pour cause*, quien se había distinguido entre los promotores de una solicitud para la creación oficial del área de Literatura comparada en la Universidad española. Buena prueba de este incomodo son reflexiones tan interesantes como la del prólogo a la nueva edición de *Entre lo uno y lo diverso*, de 2005 o la de textos como “Dependencias y divergencias: literatura y teoría”, parte de su libro *Entre el saber y el conocer. Moradas del estudio literario* (2001). En ellas se lamenta del nuevo estatuto de la Literatura comparada y la presenta como “adscrita a la jurisdicción de la Teoría de la literatura” o “absorbida por la Teoría de la literatura”⁹, situación que tilda de “aberración local”¹⁰.

La consideración de la Teoría de la literatura en estos escritos, adviértase bien, siempre resulta matizada y nunca se la expulsa sumariamente del territorio de los Estudios literarios, menos aún con el recurso fácil de la *boutade* o el chascarrillo más o menos inspirado. Por el contrario, podría pensarse que no se trata más que de una

⁸ Ciertamente, directa o indirectamente, también han adoptado una posición muy definida sobre este asunto teóricos tan influyentes como Darío Villanueva. Véase, por ejemplo, el capítulo «Literatura comparada y Teoría de la literatura», en VILLANUEVA, Darío (coord.) (1994), *Curso de Teoría de la literatura*, Madrid, Taurus, pp. 99-127.

⁹ GUILLÉN, Claudio (2005): *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada (Ayer y hoy)*, Barcelona, Tusquets, p. 14.

¹⁰ *Entre el saber y el conocer*, p. 105.

precisión adicional con respecto a lo que, como he adelantado, ha sido un diálogo sostenido con enorme constancia al menos desde los años sesenta. Me parece, sin embargo, que, bien miradas las cosas, en los trabajos de estos últimos años se produce más bien una reconceptualización del lugar de la Teoría con respecto a lo que encontrábamos en textos anteriores. O acaso la primacía de una de las formas de entender la teoría sobre otras presentes asimismo en la obra previa. Cabe incluso formular una hipótesis: esta reconceptualización o prelación se derivaría del hecho de que, a los ojos de Guillén, la Teoría de la literatura era, en un principio, un rival mucho más improbable que las filologías nacionales para la consolidación de una área de conocimiento específica de Literatura comparada¹¹. El que, a la postre, la Literatura comparada se uniese a la Teoría de la literatura en la denominación de una área de conocimiento ministerial habría provocado la necesidad de incidir con un énfasis antes insólito en la distancia entre una y otra. Claro que esta percepción necesita ser fundamentada, entre otras cosas mostrando cuáles son las posiciones distintas que ha ocupado la teoría literaria en las reflexiones de Guillén. Y es más, esta tarea probablemente arroje alguna luz sobre algunas de las formas de entender la Teoría con vigencia en nuestro campo, así como de sus antecedentes.

Empecemos por una constatación. La que se deriva de la lectura atenta de la definición que encontramos en el prólogo de 2005 a la reciente edición actualizada de *Entre lo uno y lo diverso*: La Literatura comparada sería “el conocimiento sistemático y el estudio crítico e histórico de la literatura en general a lo largo y a lo ancho de un espacio literario mundial”¹². Cualquiera que esté familiarizado con su obra sabe que el autor de *El primer siglo de oro* ha elegido con gran cuidado todas y cada una de las palabras que se incluyen en esta definición. También las que se excluyen. *Sistemático* es un término que no necesita comentario, más que el que lo remite a alguno de los trabajos clásicos y bien conocidos, particularmente a “Literature as system”, y a la concepción del sistema como un proceso de estructuración vinculado a una voluntad de orden. *Conocimiento*, por otra parte, se opone tácitamente a *saber*, lo mismo que *mundial* a *universal*, y *crítico* e *histórico* a *teórico*. En realidad, *saber*, *universal* y *teórico* forman parte de un eje de equivalencias, que funciona por omisión, o acaso por

¹¹ En «Lo uno con lo diverso. Literatura y complejidad», de 1995, denunciaba “la autoridad feudal y la cómoda rutina de los departamentos establecidos, anclados en algo aparentemente tan sencillo y tan indiscutible como la continuidad de un itinerario lingüístico singular, y como también la nacionalización triunfal, desde hace casi dos siglos, de la cultura literaria” (p. 51). Y en el prólogo a *Teorías de la historia literaria*, de 1989, leemos: “Hoy solemos pensar que la teoría de la literatura y el comparatismo tienden a converger y a necesitarse mutuamente. Muchos pensamos que en esta confluencia reside el futuro de los estudios literarios en nuestro país” (p. 13).

¹² *Entre lo uno y lo diverso*, p. 11. Compárese con la mucho más sencilla que aparece en el cuerpo del libro, y estaba ya allí en 1985: “Por Literatura Comparada –rótulo convencional y poco esclarecedor– suele entenderse cierta tendencia o rama de la investigación literaria que se ocupa del estudio sistemático de conjuntos supranacionales” (p. 27).

implicación negativa, en esta cuidadosa formulación de lo que es el comparatismo. Podría decirse igualmente que, de acuerdo con lo que esta definición dice y con lo que no dice, la Literatura comparada (conocimiento histórico-crítico y mundial) es lo que no es la Teoría de la literatura (saber teórico universal).

Téngase presente a este propósito que lo *mundial* conforma, según expone Guillén en varios lugares, el terreno de la Literatura comparada. Como adjetivo connota un espacio ilimitado, en renovación continua, que no puede, dice Guillén, “reducirse a un repertorio”. Es, por tanto, lo mundial el ámbito que alberga la heterogeneidad y la diversidad. Y frente a ello lo universal, asociado a la unicidad de la norma, de la poética y la retórica clásicas y del pensamiento conceptual o incluso preceptístico, vendría a ser el territorio de la Teoría de la literatura¹³. Nada difícil es concluir que el primero debe entenderse como un espacio situado entre lo uno y lo diverso. O mejor, recogiendo la enmienda al célebre título de su introducción a la Literatura comparada que apunta Guillén en el prefacio a *Múltiples moradas*, “lo uno con lo diverso”, anteponiendo así la complejidad de la superposición a la simplificación dialéctica¹⁴. Lo local y lo inmediato es el comienzo de la indagación que ha de llevar al horizonte mundial para ser valiosa desde el punto de vista comparativo¹⁵. Sin duda Guillén privilegia esta vía frente a aquella otra, tampoco excluida del todo, que conduce a la aplicación o al contraste de principios generales con realidades particulares.

En relación con lo anterior, el *conocimiento* resulta de la vivencia o experiencia; posee, pues, las características propias de la individualidad. Y significa un contacto directo con los textos, a través de su lectura iluminadora, que remite inequívocamente al acto crítico. No en vano el gran referente que se propone en este sentido es *Poesía española* de Dámaso Alonso. Por el contrario el *saber* se aproxima mucho más a la elaboración de modelos, a los principios generales, a las condiciones esenciales. Podríamos decir asimismo que muestra una afinidad especial con la universalidad, en el sentido anterior, enfrentada a la mundialidad que puede siempre erigirse en horizonte propicio del ejercicio crítico, corrigiendo con una orientación comparatista e histórica el fundamento estilístico de la propuesta de Guillén¹⁶.

De otro lado, la vinculación de la Literatura comparada a la crítica y la historia claramente enfatiza, aunque de modo indirecto, la identificación prioritaria de aquella

¹³ *Entre el saber y el conocer*, pp. 59-62.

¹⁴ *Múltiples moradas*, pp. 22-23.

¹⁵ Véanse las reflexiones sobre la *Weltliteratur* de Goethe en *Entre lo uno y lo diverso*, pp. 59 y ss. En «Lo uno con lo diverso. Literatura y complejidad», p. 52, se incluyen comentarios que hacen pensar en lo mundial como lo propio de una aproximación a la supranacionalidad desde dentro, desde lo local o en su caso nacional, frente a lo universal como una visión de la supranacionalidad desde fuera.

¹⁶ Se adivina en este par terminológico el eco de las distinciones que, con numerosos matices, prosiguen la establecida por Johann Gustav Droysen entre *comprensión* y *explicación*.

con el conocimiento y sitúa a la Teoría de la literatura en un terreno diferente. Por algo se le asignan al comparatismo como disciplina dos de las delimitaciones internas que diferenciaba Welles en los Estudios literarios mientras la tercera, equiparada a la Teoría de la literatura también en cuanto disciplina, se establece como contrario dialéctico de la Literatura comparada, sin perjuicio de las necesarias e inevitables superposiciones y contactos. Lo deja Guillén sumamente claro:

Estas dualidades polares, con sus tensiones y superposiciones, se perpetúan hoy en nuestros estudios y nuestras aulas a través de dos actividades tan diferentes como la Literatura comparada, disciplina histórica y crítica desde su emergencia a principios del siglo XIX, contrastadora de tiempos y espacios, escuelas y movimientos diferentes, y la Teoría de la literatura, cultivada hoy por los herederos de aquella poética antigua y de aquel pensamiento estético que floreció desde fines del XVIII y la misma época romántica.¹⁷

Interesa tomar nota de la diferencia o la extrañeza mutua entre teoría y comparatismo, que tanto se destaca en este pasaje. Viene a refrendar la presencia por omisión que tenía la Teoría de la literatura en la definición de la Literatura comparada mencionada más arriba. Y yendo algo más lejos, esta representación de la Teoría de la literatura da por buena, de manera implícita, su equiparación con el monismo teórico, que caracterizó en su momento Claudio Guillén ligándolo a los placeres de la “systematic, all-embracing unification”. Se trataría de un modo teórico totalizante —que se ilustra con la doctrina jakobsoniana sobre el paralelismo—, sólo admisible, para la sensibilidad crítica e histórica de nuestro autor, como antítesis dialéctica del ejercicio comparatista¹⁸. Y adviértase por añadidura que esa exterioridad descansa sobre una constatación genealógica, la que presenta a la Teoría de la literatura como heredera de la Estética tradicional.

Resulta, es cierto, una observación perspicaz y atinada, sobre todo a efectos dialécticos. Entre otras cosas porque conduce a señalar algo que acaso no siempre se ha tenido en cuenta debidamente. Me refiero a que esa genealogía de la Teoría de la literatura concebida como disciplina específica dentro de los Estudios literarios —que la vincula con la Estética— explica, entre otros factores, que en España haya podido alcanzar el estatuto académico de que actualmente goza. Ahí está la constante reivindicación de una ciencia de la literatura que se realiza a lo largo del siglo XIX desde presupuestos estéticos y filosóficos de índole racionalista procedentes en su mayor parte del siglo anterior, que se hicieron especialmente palpables en España a partir de la difusión de las obras clásicas de Hugh Blair y Charles Batteux. De seguro es éste uno de los antecedentes de la Teoría de la literatura, un marbete que, de hecho, se

¹⁷ *Entre el saber y el conocer*, p. 62. Atiéndase también, algo antes, a las páginas 45 y ss.

¹⁸ GUILLÉN, Claudio (1987): «On the Uses of Monistic Theories: Parallelism in Poetry», *New Literary History*, XVIII, pp. 497-516.

utilizó en ese contexto decimonónico con cierta profusión. El rasgo principal de esta perspectiva era la pretensión de superar el carácter preceptivo y disperso que identificaba a la tradición retórica. La indagación sistemática sobre los principios fundamentales de la literatura con una perspectiva general sería el gran objetivo de lo que constituye posiblemente el primer intento por desarrollar una aproximación científica a la literatura digna de tal nombre. De hecho, la materia *Principios de literatura* se introdujo en los currículos de secundaria españoles en 1868 y en algún momento se identificaron estos *principios* en la letra de la ley con los “conocimientos estéticos”, frente a las “enseñanzas rutinarias de la retórica tradicional”.¹⁹ A partir de este momento la dilucidación de los *principios* de lo literario formará parte del vocabulario de los teóricos de la literatura, incluyendo a los formalistas o, entre tantos otros, a René Wellek, a la hora de definir el cometido de la teoría frente a la historia y a la crítica²⁰.

Por otra parte, el papel reservado a la Teoría de la literatura en el momento de su institucionalización en las universidades españolas como área de conocimiento a partir de la segunda mitad de los años ochenta ha sido muy afín, cuando menos en una primera etapa, a los planteamientos que se derivan de *El deslinde* de Alfonso Reyes y, sobre todo, de la *Teoría literaria* de René Wellek y Austin Warren: se trataría de definir los principios generales de lo literario, de precisar sus contornos, o, de otra manera, de establecer su identidad. Así se entiende el calificativo de *propedéutica* con que se ha definido tantas veces la función de la Teoría literaria en los currículos filológicos atribuyéndole así un carácter preparatorio con relación a los estudios literarios.

Desde esta perspectiva, la del área de conocimiento, se hace comprensible la serie de polaridades diseñada por Guillén: la teoría se confunde con el racionalismo estético dieciochesco, aunque con importantísimas consecuencias en el siglo siguiente, mientras que el comparatismo se declara afín al impulso histórico y crítico de raigambre fundamentalmente romántica. Esa es la razón que permite entender también que se recele de la aparente ocupación por parte de la Teoría de la Literatura del lugar de matriz o modelo disciplinario que durante tanto tiempo en el siglo XX ocupó la Lingüística²¹.

Se diría, no obstante, que es un papel halagüeño en exceso para una disciplina que ni remotamente ha alcanzado la sistematicidad y la consistencia interna de la Lingüística. Y ni falta que hace, dirá alguno. Pero Guillén, a mi juicio, piensa sobre

¹⁹ GUEREÑA, Jean-Louis (1996): «Remarques sur l'espace littéraire dans l'enseignement secondaire en Espagne», *Paedagogica Historica*, XXXII/1, pp. 101-122, p. 110.

²⁰ Es sumamente esclarecedor para el caso español el libro ARADRA, Rosa María (1997): *De la retórica a la teoría de la literatura (siglos XVIII y XIX)*, Murcia, Universidad de Murcia.

²¹ *Entre el saber y el conocer*, p. 44.

todo en el área de conocimiento y en las querellas con ella relacionadas. Es decir, en una entidad eminentemente administrativa, y, claro, con innegables efectos prácticos en el desarrollo y orientación del ámbito académico de los Estudios literarios. Pero la teoría, ¿no es algo más que una disciplina? ¿Puede reducirse a esa unicidad de pretensión universal que Guillén retrata en estos trabajos últimos? ¿Nos reconocemos, en otras palabras, en esa disciplina silenciada en la definición del comparatismo?

La respuesta debe ser, paladinamente, que no. El propio autor de *Entre lo uno y lo diverso* lo insinúa en algunos momentos de estos trabajos últimos, como cuando admite en *Entre el saber y el conocer* la pluralidad de las teorías frente a la “singularidad” de un departamento o de una titularidad universitaria y admite la complejidad de esta dimensión de los Estudios literarios frente al “espíritu de simplificación” que sería consecuencia del “feudalismo tan propio de las universidades”²². Una manifestación de este espíritu simplificador es, por cierto, tomar el esquema de Wellek, con toda su contundencia mereológica y casi orgánica, como eje argumentativo para la delimitación de disciplinas y áreas de conocimiento. Entre otras cosas porque, como no sería difícil de demostrar, el célebre “sombrero de tres picos de Wellek” —como el propio Guillén lo presenta en algún momento— es en sí mismo heredero directo de las visiones universales, totalizadoras y racionalistas procedentes de la tradición estética, muy influyentes como hemos apuntado en los currículos académicos decimonónicos, pero cada vez, para bien o para mal, menos pertinentes para orientarse en el mundo —que no el universo— académico contemporáneo.

Resulta llamativo que Guillén subrayase, no hace tampoco mucho tiempo, el desagrado de Stephen Gilman hacia la *Teoría literaria* de Wellek y Warren, precisamente por la excelencia y amplitud del medio académico en que se situaba, muy poco propicio, explica Guillén, a las compartimentaciones estrictas o a considerar la historia, la crítica o la teoría desde la extrañeza mutua, aun cuando fuese ésta la base de posibles relaciones entre ellas²³. En el fondo, imagino, se trata de una cuestión de representación: ¿en qué modo los mapas académico-administrativos representan adecuadamente el ejercicio real del estudioso de la literatura?; y ¿en qué medida esa representación académico-administrativa condiciona el quehacer intelectual de los estudiosos?

Sea como sea, tampoco para Claudio Guillén la Teoría de la literatura fue nunca el ‘otro’ de la Literatura comparada ni las páginas de Wellek que más llamaron su atención a lo largo de buena parte de su obra fueron las dedicadas a la mereología de los Estudios

²² *Entre el saber y el conocer*, p. 48.

²³ «La literatura y el vivir», en GILMAN, Stephen (2002): *Del Arcipreste de Hita a Pedro Salinas*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2002, pp. 13-18.

literarios. Ello no quiere decir, claro, que no haya tenido siempre muy presente la diferencia entre las actitudes críticas, históricas y teóricas ante el estudio de la literatura.

Una de las razones de la ejemplaridad y singularidad a que antes me refería tiene que ver con el nada usual énfasis con que Guillén ha presentado la teoría como algo crucial al propio ejercicio comparatista, y no desde luego como una exterioridad que rivalice con éste en la manera de abordar la literatura en cuanto fenómeno supranacional. Precisamente por esa razón resulta muy sugerente convocar alguna reflexión suya sobre la presencia de la teoría en los estudios literarios contemporáneos, en donde la insistencia recae no tanto sobre la congruencia disciplinar de la Teoría de la literatura como sobre su carga adjetival, ligada estrechamente a un talante reactivo y discrepante ante un determinado estado de cosas en la manera predominante de abordar el estudio de la literatura. Es un lugar para la teoría muy alejado de aquel que le asignara Wellek. Pero vale la pena citar con alguna extensión a Guillén:

De paso diré solamente que conviene no confundir la propiedad del término *teoría* con las ocasiones de emplear el adjetivo *teórico*. Hoy por hoy el adjetivo nos hace mucha más falta que el sustantivo. Es decir, la profusión de escritos teóricos que leemos –escritos que contienen, como objetos electrizados, una intensa carga teórica– es inversamente proporcional al número, realmente exiguo, de teorías que se producen o desarrollan. Lo que salta a la vista en la actualidad es la ingente cantidad de ensayos, artículos y libros que, sin proponer teorías coherentes y suficientes, sin iluminar el conjunto de principios básicos y criterios fundamentales sin los cuales no hay tal Poética, son, en grado considerable, de índole teórica. Y ello precisamente porque no proponen, de modo satisfactorio, teoría alguna. Se trata de una actividad reactiva. La inquietud teórica de hoy arranca de una profunda insatisfacción.²⁴

En el capítulo de *Entre lo uno y lo diverso* donde se contiene esta reflexión, su autor planteaba la semejanza entre el papel que la teoría desempeñaría con respecto a la Literatura comparada con el que en otro momento Van Thieghen había atribuido a la Literatura general²⁵. Esto es, el constituir un revulsivo frente al empirismo excesivo y una demanda de conceptualización y de cuestionamiento radical de los marcos generales en los que se desenvuelve la práctica comparatista. Pero vale la pena destacar sobre todo cómo en estas líneas se ponía en evidencia la desviación de la teoría con respecto a la unitariedad y consistencia disciplinar propias de la ambición estética de un planteamiento como el de Wellek. Es, en otras palabras, el incumplimiento de la misión de “proponer teorías coherentes y suficientes” e iluminar “el conjunto de principios básicos y criterios fundamentales” lo que define, a los ojos de Guillén, la presencia de la

²⁴ *Entre lo uno y lo diverso*, p. 94.

²⁵ Hay quien incluso considera la *Littérature générale* equivalente a lo que otros llamarían *Teoría de la literatura*, inscribiendo en consecuencia esta última dentro del campo general del comparatismo. Véase, para mencionar una referencia, PAGEAUX, Daniel-Henri (2002): «Perspectivas teóricas en literatura comparada», en *Juan Andrés y la teoría comparatista*, P. Aullón de Haro, J. García Gabaldón y S. Navarro (eds.), Valencia, Biblioteca Valenciana.

teoría en los estudios literarios de finales del siglo XX. Podrá pensarse que son, en buena medida, esa desviación y ese incumplimiento los que han hecho de la teoría algo tan atractivo y valioso para algunos de nosotros. Sin embargo, es preciso atender a la manera en que Guillén reivindica la teoría –o la teoreticidad– como un factor interno y consustancial al comparatismo, así como que esa dimensión es, en el fondo, correlativa a la frustración de la ansiedad disciplinar por hacer de la Teoría de la literatura una materia constituida sobre la base de un saber universal, que contemple la supranacionalidad literaria desde una perspectiva externa.

En *Literature as System* esta manera de contemplar el lugar de la teoría resultaba aún más reveladora del planteamiento general de Claudio Guillén: ya desde la *Introduction*, un texto que debería figurar en cualquier antología del pensamiento literario del siglo XX. Leemos allí en uno de los primeros párrafos una declaración que proclama, desde luego, la propiedad de lo que se denomina “función teórica” en el ámbito del comparatismo, pero también otros aspectos importantes como la continuidad íntima de la teoría con respecto a la historia y la crítica y, sobre todo, su distancia respecto a una mera misión propedéutica y a las preocupaciones más definitorias de la Teoría de la literatura como supuesta heredera de la Estética, entendida en la acepción totalizadora que antes veíamos. Vale la pena reproducirla:

Today comparatists are being called upon more and more to fulfill the theoretical function without which no body of knowledge can emerge from the accomplishments of literary criticism. This function should not be confused with the preliminary and empirical aims of methodology; nor does it necessarily coincide with the overall –usually metahistorical– inquiry into either the aesthetics of the verbal work of art or the peculiarities of poetic language. As I understand it, the object of this theoretical effort –hence the difficulty and the fascination of the task– is literary history itself [...] Without subsequent theory, a lonely item of research remains a modest contribution to chaos. It is the movement not so much from the national to the international as from criticism to theory (a movement one is likely to reiterate, in both directions, time and time again) which is characteristic of comparative literature in its present phase.²⁶

Hay algunas cosas evidentes. Por ejemplo, la comprensión de la teoría como parte de un movimiento continuo que libera al comparatismo de la tradición positiva y de la ideología profundamente nacional que lo definieron durante mucho tiempo²⁷. Esa ida y vuelta de la crítica a la teoría anticipa, por una parte, la tensión entre lo diverso y lo uno, que dará título veintitantos años después a la célebre introducción a la Literatura comparada, y se presenta, por otra, en la forma de una especie de círculo hermenéutico o filológico, mostrando con claridad alguna de las raíces más productivas del

²⁶ *Literature as System*, pp. 3-4.

²⁷ Sobre este particular, véase CABO, Fernando (2004): «Cosmopolitismo e idiosincrasia. La historia de la literatura española en el contexto del comparatismo decimonónico». *Penser la littérature espagnole. Bulletin Hispanique*, 1, pp. 351-373.

pensamiento literario de Claudio Guillén (las ciencias del espíritu, la estilística...). Y hay un tercer aspecto que no debería quedar ignorado: el objeto de la teoría, según aquí se propugna, no es ninguna realidad esencial e inmutable como la literariedad, la estructura de la obra de arte literaria o la condición ontológica de los mundos de ficción. Todo lo contrario: su objeto es la historia; se trata de una teoría de la historia literaria, marbete que en la obra de Guillén adquiere unas connotaciones sumamente singulares, sin dejar de apuntar por ello a determinados antecedentes también cruciales en su pensamiento, verbigracia Benedetto Croce o René Wellek²⁸.

No nos olvidemos de que la preeminencia que adquiere la noción de *sistema* en el pensamiento de Guillén se hace imposible de entender sin lo anterior; es decir, sin la proyección teórica de su pensamiento y sin la conversión de la historia literaria en el objeto del pensamiento teórico. Sobre esta base se define la peculiaridad de la defensa de la noción de sistema y de la actitud hacia el estructuralismo preconizaba Claudio Guillén, a diferencia de otros valedores del estructuralismo en la academia norteamericana de los primeros años 70 como Robert Scholes o Jonathan Culler²⁹. Lo que podríamos considerar como hipótesis de partida sería que la literatura funciona históricamente como un sistema, que es tanto permanencia como cambio. No lo dice Guillén, pero podemos hacerlo nosotros, interpretándolo: la literatura permanece a través del cambio, y sólo profundizando en el cambio se podrán entender las razones de su permanencia; la cual adquiere para Guillén una categoría cercana al axioma. Por ello precisamente se rechaza una y otra vez el entendimiento de los sistemas cual si fuesen entidades conclusas. Como afirma en algún momento, la historia de la literatura no se caracteriza tanto por la vigencia de sistemas completos como por la tendencia hacia el sistema, por la actuación de una persistente y profunda “voluntad de orden”³⁰. Por ello también Guillén proscribía cualquier atisbo de comprensión de los sistemas de un modo

²⁸ René Wellek publicó un artículo con ese título el año 1936 en *Travaux du Cercle Linguistique de Prague*. Hay que recordar asimismo las «Notas sobre la Teoría de la historia literaria» de Lukács, de 1910, en las que defendía la síntesis de estética y sociología como seña de identidad metodológica de la historia literaria. Puede consultarse este trabajo en versión inglesa: «Notes on the Theory of Literary History», traducción e introducción de Ian Fairley, *Comparative Criticism*, 13 (1991), pp. 195-245. Por otro lado, la segunda sección de los *Problemi di estetica e contributi alla storia dell'estetica italiana* (Bari, Laterza, 1910) lleva por título «Intorno alla teoria della Critica e Storia letteraria»

²⁹ En efecto, conviene poner *Literature as System* (1971) a la par de libros como *Structuralism in Literature: An Introduction* (1974), de Robert Scholes, o *Structuralist Poetics: Structuralism, Linguistics and the Study of Literature* (1975), de Jonathan Culler, para comprender en todo su alcance el valor del planteamiento teórico de Claudio Guillén y su singularidad en aquellos años de consolidación de la teoría literaria en los Estados Unidos y de apertura desde un punto de vista internacional hacia lo que después se llamaría postestructuralismo. Véase, por ejemplo, LEITCH, Vincent (1988): *American Literary Criticism from the 30s to the 80s*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 238 y ss.

³⁰ *Literature as System*, p. 376. La noción de *tendencia*, tomada de Ferrater Mora y entendida como “una dirección, un destino que no se contiene o detiene dentro de sus límites visibles”, es muy querida de Guillén (*Múltiples moradas*, pp. 26-27). Véase la reseña de *Múltiples moradas* realizada por Ángel Abuín —*Exemplaria*, 4 (2000)— en donde se le da el debido realce.

metahistórico, sea a la manera de una invariante estructural aprehensible bajo la apariencia superficial de sus manifestaciones, sea como arquetipo o paradigma al modo, por ejemplo, de Northrop Frye o de los universales antropológicos. Y por ello, en último término, reafirma el carácter contingente de los sistemas literarios.

Pero no nos confundamos. Guillén no celebra sin más la contingencia. Esa voluntad de orden es decisiva, y la teoría un factor crucial en su actuación. En otro lugar, afirmaba que la teoría constituye en sí misma una manifestación de la mencionada tendencia hacia el sistema³¹. Y lo cierto es que también, desde la perspectiva del ejercicio comparatista como tal, lo comprobábamos a través de la definida como función teórica, que salva de la pura inducción, del caos del atomismo, al investigador. La teoría constituye, entonces, una de las expresiones máximas de la voluntad de orden. Es en otras palabras un principio constructivo y de congruencia. Sería, si vamos un poco más lejos, la dimensión que el estudioso introduce llevado por su compromiso con una concepción de la literatura que es, fundamentalmente, la propia de lo que, a veces con un desdén injustificado, se denominaría un humanista liberal.

Eso nos lleva a otro factor, a mi juicio, imprescindible para comprender el pensamiento de este estudioso admirable. Toda su obra se articula a partir de una enorme fe en la literatura y en su carácter distinto, esto es, específico frente a otros ámbitos textuales e históricos. Podría decirse que se trata de un apriori cultural, de un horizonte desde el que se constituye un pensamiento teórico sobre el hecho literario. Pero en absoluto debería confundirse con un mero prejuicio pasivo: la reafirmación de la confianza en la literatura, y en su particularidad cultural, que encontramos a cada paso en la obra de Guillén se conjuga una voluntad de construcción y de participación. La literatura será una unidad, un *uno*, pero un *uno in fieri*, determinado en muy buena medida por el ejercicio y por el compromiso con ella del estudioso. O en otras palabras, la literatura sería uno de esos “conceptos-límite” de los que hablaba Ferrater Mora, un término límite de una “tendencia ... que no es ni absolutamente un objeto, ni absolutamente el producto de un acto de conciencia”³². Así de claro lo dejaba no hace mucho: “La literatura no tiene principio ni término y lo que de ella se nos alcanza es una multiplicidad de moradas finitas de sentido, o sea, de aquellas agrupaciones y aquellas zonas a las que nuestros criterios predominantes y nuestras preocupaciones prioritarias confieren el acento de la realidad”³³.

Se aprecia bien en pasajes como éste lo que hay en la literatura de morada vital para Guillén. E igualmente se comprende la distancia hacia alguna de las derivas

³¹ *Literature as System*, p. 377. Sobre el papel historiador respecto a los sistemas, p. 407.

³² Véase la nota 30.

³³ *Entre el saber y el conocer*, p. 122.

teóricas, o no exactamente teóricas, de los estudios literarios y culturales en los últimos decenios, como las que expresa, por poner un caso, en el prólogo a la edición de 2005 de *Entre lo uno y lo diverso*. Algo que no sorprenderá en alguien que se sitúa en el linaje de Amado Alonso, Erich Auerbach, Harry Levin o, claro, Edward Said. Lo que parece disgustar por encima de cualquier otra cosa a Guillén es el “carácter no sólo transgresivo sino agresivo ... ante la historia literaria y, más aún, ante la literatura misma”³⁴.

Y es que la evolución de la teoría literaria y, de manera más general, de la *Theory*, en el sentido amplio anglosajón, no ha sido en vano. De un lado el énfasis sobre el relativismo cultural y epistemológico y de otro la conciencia sobre pérdida del lugar central de la literatura como manifestación cultural han tenido unas consecuencias comentadas innumerables veces, que, entre otras cosas, comprometen de forma muy seria su lugar disciplinar, ya muy lejos del perfil tan nítido que le atribuían Welles o Reyes. Y no sólo eso: al gran momento de efervescencia teórica estructuralista y postestructuralista vivido entre los años sesenta y ochenta del siglo XX ha seguido otra fase de menor brillantez y originalidad en la que ese pensamiento se ha interiorizado y utilizado, a veces también olvidado, de distintas maneras.

Para describir este estado de cosas se ha generalizado en los últimos años el término *postteoría*. Es frecuente vincularlo a la emergencia de los Estudios culturales. En otras palabras, se trata de un distanciamiento de la asociación entre la especulación abstracta y la lectura crítica y atenta de los textos en favor de una atención correlativa a la vida cotidiana en toda su complejidad, de la superación de la concepción textocéntrica —en buena medida estrictamente tipográfica— de la cultura para dejar lugar a una percepción más multimediática, de un desplazamiento del interés crítico hacia las cuestiones de identidad y representación (sexual, étnica, racial, nacional...), así como, evidentemente, de una implicación mucho más aparente —desde un punto de vista político e ideológico— del crítico o estudioso en el terreno de la pugna y de la programación cultural. Y también tiene su importancia la progresiva pérdida de legitimidad de una concepción más elitista de la investigación y del saber en favor de otra más pragmática y, por así decir, más populista.

No sólo la Teoría literaria, sino los Estudios literarios en su conjunto, han sentido los efectos de esta situación. Sin embargo, habría que recordar que no se trata tanto de hacer tabla rasa de la tradición teórica como de desplazarla a un contexto caracterizado por unas condiciones diferentes (entre las que el cambio en el modelo de universidad no es la menos relevante). Una situación de crisis, si se quiere, que pone en un primer plano una vez más la urgencia de redefinir el papel de la Teoría, su relación con la

³⁴ *Entre lo uno y lo diverso*, p. 17.

crítica y la dimensión social y ética que siempre ha sido un aspecto importante de su desarrollo.

En algún momento escribía Guillén que, bajo el término *teoría*, debíamos entender cosas muy distintas que cambian con el tiempo y que con frecuencia también se solapan en una misma circunstancia histórica. En determinados contextos, como el español de los últimos veinte años, la Teoría de la literatura ha tendido a definirse como una disciplina académica con una voluntad permanente de diferenciación e identidad, especialmente frente a otros territorios universitarios, que sin duda algo tiene que ver con su situación como área de conocimiento y todo lo que este hecho conlleva³⁵. Seguramente habría que añadir que los resultados de ese esfuerzo de definición no han sido, a pesar de todo, muy palpables; e incluso que la práctica de muchos de sus exponentes se ha ido deslizando poco a poco hacia el espacio vago y confortable de la posteoría, a veces sin haber pasado por la teoría. Por otra parte, la función teórica, en términos de Guillén, que ha sido un distintivo de la mejor tradición crítica contemporánea, no debería confundirse con el rigor académico-administrativo de una área de conocimiento.

Son muchos los equívocos, en efecto, que se acumulan en el empleo habitual del vocablo *teoría*. Acaso algunos de ellos subyazcan en la toma de distancia que se practica en los escritos últimos de Claudio Guillén. Por ejemplo, en cuanto al papel que le atribuye a la Teoría de la literatura, donde la ansiedad disciplinar acaba por asignarle un cometido rotundo y diferenciado —monista— que, si acaso tuvo en su momento un sentido en la política académica española, no parece coincidir con la función y la necesidad actuales de la dimensión teórica en los estudios literarios. De otro lado, a veces, cada vez más, se identifica la teoría con el tipo de aproximaciones posteóricas al que nos acabamos de referir, y en las que una clara ligereza epistemológica se alía con un oportunismo académico bien perceptible. Sin embargo, como Claudio Guillén ha mostrado a lo largo de toda su obra, hay todavía una concepción de la teoría que no puede prescindir de la lectura atenta de los textos —es decir, de la crítica— y que asume —lejos del historicismo— la dimensión histórica de la cultura. Ahora más que nunca, cuando la *civitas verbi* ha visto puesto en cuestión su carácter metropolitano y un sinfín de conurbaciones han desdibujado el perfil que antaño parecía tan preciso, Guillén nos sigue enseñando la necesidad de atenderla sin simplificaciones.

³⁵ Interesan las consideraciones sobre este particular que se contienen en LLOVET, Jordi *et al.* (2005): *Teoría literaria y literatura comparada*, Barcelona, Ariel, 2005, pp. 22 y ss.